

la beneficencia de los gobiernos fuertes. La facilidad de encontrar trabajo no ha disminuido aun de un modo sensible en los Estados-Unidos por el aumento de la población. Sin embargo, se han formado intereses muy distintos; y aunque no hay una aristocracia con títulos, se ha visto nacer un pequeño número de hombres ricos del seno de una mayoría inmensa de gentes que apenas obtienen lo necesario para subsistir; se han visto á los esteros agrícolas oponerse á los manufactureros y á los estados en que hay esclavitud, amenazados de convulsiones terribles por el progreso de las ideas de emancipación. Hace dos años que como las pasiones nacidas de esta oposición de intereses pone á prueba la resistencia contra las leyes, y la solidez del poder ejecutivo en la América, desgraciadamente se ha visto que han succedido las leyes, y que el poder ejecutivo no la tenida fuerza para sostener al estado que se ha rebelado contra la unión, ni á los enemigos del bien cuando han usado de violencias contra los partidarios de esta institución. Últimamente se ha descubierto toda la extensión del mal, cuando una justicia horrible y expeditiva se ha aplicado á las calles y de las ciudades más populosas, deprimiendo, maltratando y aun matando como enemigos de la sociedad á los abolicionistas.

¿Qué se infiere de todo esto? Que es necesaria en los Estados-Unidos una fuerza pública, y que no se cuenta ya para hacer respetar los derechos sagrados de la humanidad, y aun las mismas garantías estipuladas por todos los constitucionales, sobre la moderación de los individuos, y sobre la autoridad personal de los magistrados, sino el que el concurso libre de los ciudadanos tan sólo por un celo del bien público se reuna para oponerse á las invenciones anárquicas.

Un sabio viajero, que hace dos años enriquece el Diario de los Debates con sus observaciones sobre los Estados-Unidos de América, está persuadido que no es posible establecer allí una fuerza pública sin provocar una revolución. Dice que esta opinión es la de M. Clay, uno de los oradores más distinguidos de América, como también el primer hombre de estado. Toda la Europa sabe muy bien que M. Clay es un hombre honrado y un demócrata á carta cabal; no es, por tanto, sin admiración tomada como testigo de todo lo que le ha parecido pronóstico al colaborador del Diario de los Debates, de afirmante sobre la estabilidad del gobierno republicano de América. Cuando se tiene la desgracia de haber escogido á dicho periódico como un medio para adelantar la realización de ciertos grandes proyectos de mejoramiento social, la resolución de todas las declamaciones que se acumulan contra los gobiernos fundados sobre el principio de la soberanía nacional, la de ser destruida necesariamente, es decir, monárquica. Cuando el mencionado Diario presta sus columnas á la denigración interesada contra los Estados-Unidos, á la predicción de revueltas que pudieran destruir la obra de Franklin y de Jefferson, debe entenderse siempre que según la esperanza y opinión del Diario de Debates, la revolución producirá el desmoronamiento no por supuesto del establecimiento de una monarquía moderada ó no moderada. No es la opinión del Sr. Clay la que ha de servir para acreditar estas predicciones, mas absurdas todavía que increíbles.

Lo que el Sr. Clay piensa sin duda, como todos los americanos esclarecidos, es que no es posible tolerar por más tiempo las violencias á que se ha dejado llevar una muy débil parte de la representación contra los abolicionistas; y que sería un deshonor esperar todavía de la sociedad de los actores de estos hechos repugnantes el restablecimiento del orden. Es imposible que el congreso deje de ocuparse en la sesión de este año de los medios de dar al gobierno general de la unión y á los gobiernos de los estados, la fuerza que les ha hecho falta en presencia de excesos que no habían previsto los primeros legisladores de la unión. Cundiesquiera que sean las medidas adoptadas por el congreso, no solamente no producirán una revolución, sino que consolidarán la forma del gobierno establecido en los Estados-Unidos. ¿De qué se trata en la realidad? De crear una fuerza, permanente ó interina, militar ó civil, que en los sucesos de la clase de los que han afligido á las ciudades principales de la unión, haga por deber unirse á la voz de los magistrados municipales, y ejecutar en toda su rigidez las ordenes que se les den para rechazar todo ataque á la propiedad, á la libertad y á la dignidad

de la unión. El abolicionismo no puede tampoco bien exagerar el mal y pintar como irremediable, pues que por sus mismas relaciones se ve que los excesos cometidos en Nueva York, Boston y Baltimore no han estado por un solo instante que la población comercial prosiga en sus negocios, que una esta parte de la población ha sido espectadora de casi los mismos desórdenes que hemos visto en París en 1831, es decir, el abatimiento de las cruces de los edificios religiosos, y el saqueo del arzobispado; que el número de los abolicionistas declarados, siendo comparativamente poco considerable, era también de los individuos que se han propasado á cometer hechos culpables, que solamente ha dependido de la voluntad de la mayoría de la población de las ciudades, donde han acontecido estos desórdenes contra los abolicionistas poner fin á ellos; y que en Baltimore, donde los excesos habían sido llevados muy lejos con solo el anciano mayor, sostenido por algunos buenos ciudadanos, fué suficiente para restablecer la tranquilidad y castigar á los miserables que por un momento se habían arrogado el derecho de hacer justicia en nombre del pueblo.

Si era tan difícil hacer una ley que obligara á los buenos ciudadanos á ver con interés cualquier atentado que atentase la paz pública, y á reunirse á la voz de las autoridades contra los autores de los disturbios, y acaso deberían seguirse de su aplicación obstáculos cuyos resultados fuesen una revolución! No, ciertamente no es posible la opinión del Sr. Clay; y no dudamos que si esta valeroso é ilustre ciudadano obviase la pre-dicción de la unión, se encargaría de probar, en su primer mensaje, que puede ser compatible una fuerza pública con un país en donde rigen los votos públicos.

Ha sido mucha por largo tiempo el só tener que la soberanía del pueblo en los Estados-Unidos no era sino una frase, y la universalidad de los votos una ilusión, y que el pretendido gobierno del pueblo por sí mismo, no era otra cosa sino un tráfico esencial de los votos que podía el gobierno en manos de los intrigantes y de los ricos. El Diario de los Debates no podía hacer algunos años en el principio de los Estados-Unidos más que un cuerpo muerto. Se procuraban apartar nuestras miradas del estado de los acontecimientos de aquel país. Como no se pudo conseguir esto, comencé el artículo de partir á la descubierta por todas direcciones de recomendar el lado libre de un gobierno sin asociación ni asociación. Los tristes acontecimientos de estos dos últimos años han sabido muy á propósito con estas exposiciones para presentar una nueva versión sobre la situación de los Estados-Unidos. La república de la especie y de anteceden del estado medio y moderno, se ha hecho un país de democracia declarada, en el cual la clase media vive opulenta y casi oculta, pagando ella solamente los impuestos, y no gozando sino de una representación nominal, cuando la multitud hace leyes y se somete á ellas, nombrando simultáneamente para todos los puestos del estado, atentando contra las instituciones más útiles, como el banco, y ejerciendo al mismo tiempo sobre las cosas y aun sobre las ideas una tiranía tan grande, que se ha hecho necesario crear una fuerza pública, encargada de sostener á los ciudadanos contra quienes se atentase, volviéndose conciliable con la existencia de las costumbres de aquel país democrático. De aquí es que no está muy lejos el que caigan en la anarquía, en una guerra civil, en fin, en una disolución completa. ¿Qué triunfo para los antiguos gobiernos de este lado del Atlántico, si tal profecía se cumpliera!

A nosotros, que creemos que las naciones de la Europa son desgraciadas por la excesiva preponderancia de la fuerza pública sobre la voluntad nacional, nos parece que también caerá muy pronto la nación americana en desgracia, y se envilecerá si estuviese privada por más tiempo de una fuerza pública capaz de hacer respetar á la multitud las condiciones del gobierno representativo. Es cierto que en los Estados-Unidos una parte revoltosa y poco numerosa se ha creído soberana y ha ejercido ella misma poderes que la democracia llevado hasta su último extremo, solo puede delegar, reservándose únicamente el poder de elegir. Estamos persuadidos de que será la parte sana de la nación americana, esto es, la inmensa mayoría numérica, la multitud, si se quiere, y no una minoría más ó menos rica ó instruida, la que tome en adelante el gobierno representativo como una renuncia formal del pueblo, para que el mismo no ejerza ningún poder; y

las consecuencias naturales de este principio, sean que el poder encargado de la ejecución de las leyes, será sostenido por una fuerza pública capaz de contrarrestar á cualquier fracción del cuerpo de los ciudadanos que quisiera sustituir de las leyes de la mayoría. Estos son los principios americanos, los cuales naturalmente conducen al aumento de la fuerza pública, puesto que ella hasta ahora se ha encontrado insuficiente para proteger á los ciudadanos individualmente en el ejercicio de sus derechos contra las asambleas sediciosas.

¿Se pretenderá acaso que cualquier aumento de la fuerza pública debe provocar resistencias ó agresiones más obstinadas de parte de los tumultuosos, y que de este modo se establecerá la fuerza pública en los Estados-Unidos bajo un pie de opresión á la voluntad nacional como se ve en Europa! Los que conciben tales inquietudes en favor de la América del Norte, deberían tener respeto á su país, y otras consideraciones á la Francia; y no teméndolas, como no las tienen, debería creerse cualquiera de sus gemidos por la América republicana, amenazada de un desarrollo exagerado de la fuerza pública, y de las consecuencias de una revolución semejante. Los Estados-Unidos están muy lejos aún de ser objeto de tales temores en el día, pues apenas tienen 80 hombres de tropas permanentes, y es dudoso que 1000 hiciesen de ellos lo que hacen de nosotros.

[Nadales]

[Traducción para el Diario del gobierno.]

## VARIETADES.

### HONOR MILITAR.

Parece que al tratarse de este resorte poderoso del soldado, de esta alma del ejército, no puede menos de conmoverse todo verdadero militar, al ver las horribles revoluciones que ha sufrido, y que el que existe se ha librado como por milagro de la anarquía que por una fatalidad ha penalizado á nosotros. La multitud de combinaciones que han conculcado al honor le dieron á todas las clases un ataque más ó menos sensible, y en veinticinco años han necesitado algunos hombres tanta felicidad como virtud para conservar este sentimiento intacto y en toda su pureza. Lo que parece admisible es, que el honor, en medio de las más grandes crisis, en esta general confusión, en la que apenas existían medios para recomponerlo, continuase llevando todas las bores y resumiendo en las tribunas; ninguna otra pasión ha producido tantos discursos; seguramente se hizo la más habladora de todas, y aun hoy parece más jactanciosa que nunca. Sin embargo, es necesario decirlo con franqueza, no hay virtud cuya existencia se haya visto más amenazada; completamente en todas las turbulencias y en todos los sistemas de persecución, los corazones más firmes no han podido permanecer siempre imperturbables; ha sido necesario ceder en medio de estos sacudimientos y alteraciones generales, y para permanecer en pie, sostenerse en el punto de apoyo que la casualidad ofrecía. El honor, cuya esencia es no dudar, se vió forzado á transigir, y obligado á capitular con la violencia; se hizo necesario que se valiese del arte para escapar de tantos precipicios, y en vano se hizo de haberlos evitados.

El honor, que no puede desplegarse sino en un estado de cosas invariable, y quiere leyes é instituciones fijas, se le exigieron sacrificios divergentes, y por esta causa aun el mismo ejército dudaba de su existencia.

Los diferentes cambios ocurridos inspiraron una desconfianza que se había tratado de contener con halagüeñas esperanzas y mudar de gefes. En cada cambio era practicada esta especie de garantía, que ya había llegado á hacerse ilusoria, pues poco á poco se habían habituado á faltar casi el mismo día de concluido su triunfo, y esto con una facilidad asombrosa.

El honor se extravió en medio de tantas inconsecuencias que hemos visto: muchos no se creyeron ligados por estos compromisos que llamaron puras circunstancias, y estos en todo tiempo, á desprecio del honor, han protestado todo lo que se ha querido, aunque el mayor número había creído su fé empeñada; masas enteras no han tratado esto ligeramente, y el honor se ha producido bajo muchos aspectos.

Hoy se trata de reconstruirlo; pero es necesario trabajar de buena fé al restablecimiento del verdadero honor, de este honor tan susceptible de emanar bellas acciones, pero cuyo efecto no es obra de un día.